

Estados Unidos, el debate sobre declinación de poder y la estrategia de política exterior en 2020

U.S. Debate on Power Decline and Foreign Policy Strategy in 2020

Dr. Luis René Fernández Tabío

Profesor Titular e Investigador

Centro de Investigaciones de Economía Internacional (CIEI)

Universidad de La Habana, Cuba



0000-0003-3535-2789

luis.rene.fernandez@gmail.com

Fecha de enviado: 23/05/2020

Fecha de aprobado: 16/06/2020

RESUMEN: La descomunal crisis económica en Estados Unidos, catalizada por la pandemia de la COVID-19, coincide con sus elecciones presidenciales y configuran un escenario de gran complejidad e incertidumbre. En estas circunstancias, el debate entre expertos de política exterior de la clase dominante estadounidense sobre la declinación de poder y las variantes estratégicas podría seguir en los próximos años. El propósito de este artículo es presentar algunos antecedentes y argumentos actuales sobre esta problemática. También se reflexiona sobre los rasgos y tendencias más probables en la estrategia de política exterior de Estados Unidos en general, y hacia América Latina en particular, cualquiera sea el ocupante de la Casa Blanca en enero de 2021.

PALABRAS CLAVE: crisis económica, declinación de poder, Estados Unidos, estrategias de política exterior.

ABSTRACT: The huge economic crisis in the United States, catalyzed by the COVID-19 pandemic, coincides with its presidential elections and configures a scenario of great complexity and uncertainty. Under these circumstances, the debate between foreign policy experts from the US ruling class on the decline of power and the strategic variations may follow in the coming years. The purpose of this article is to present some current background and arguments on this issue. It also examines the most probable features and trends of the foreign policy strategy of the United States in general, and towards Latin America in particular, regardless of who occupies the White House in January 2021.

PALABRAS CLAVE: economic crisis, decline of power, United States, foreign policy strategies.

La mayor crisis económica en Estados Unidos desde la posguerra, desatada por la COVID – 19, ocurre precisamente en medio del año electoral. En el marco del sistema político bipartidista de ese país, se definirá si el actual ocupante de la Casa Blanca permanecerá, o será sustituido por un demócrata en enero de 2021. Esta aguda crisis económica y de salud, sin haber concluido, se compara con la Gran Depresión de la década de 1930, y debe ser uno de los factores clave en los resultados electorales.

Las actuales circunstancias críticas renuevan el debate sobre las mejores variantes estratégicas para manejar esta situación en interés del gobierno de Estados Unidos. La polémica no comenzó ahora, ni concluirá en este año, debe mantenerse en la búsqueda de un consenso, que parece algo huidizo en la actualidad, por las agudas discrepancias entre el partido demócrata y republicano, así como al interior de estas organizaciones políticas. La importancia de analizar los planteamientos realizados por estrategas, políticos y expertos en política exterior del imperialismo, en medio de las actuales circunstancias, estriba en que de ellos pueden extraerse algunos rasgos y tendencias de lo que presumiblemente será la estrategia de política exterior en los próximos años.

La declinación del poder de Estados Unidos es un problema que se ha abordado de manera intermitente desde finales de la década de 1960 y principios de 1970. El debate sobre el mismo se exagera en condiciones de crisis y grandes desafíos. A partir del interés nacional, asociado a las motivaciones económicas y de seguridad nacional, el balance de poder y los retos identificados, se formulan distintas visiones estratégicas, que no siempre alcanzan un consenso.

La política del presidente Donald Trump, desde su llegada al gobierno en enero de 2017, rompe con el consenso de política exterior precedente, y marca las condiciones de partida para el próximo período. Bajo el lema de «Estados Unidos primero» y un conservadurismo nacionalista reaccionario y populista, ha modificado algunos elementos sustanciales, que habían permanecido tanto con presidentes republicanos como demócratas, desde inicios de la década de 1980 y aún antes. Trump ha roto o reformado principios del orden internacional de posguerra, desde alianzas estratégicas, diplomáticas, económicas y militares, hasta los más diversos acuerdos, como los de libre comercio impulsados por Estados Unidos a partir de la década de 1990. Ha rechazado importantes alianzas internacionales, como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), y negado su apoyo y consideración a las Naciones Unidas (ONU) y muchas de sus organizaciones, como la Organización Mundial del Salud (OMS) en medio de la pandemia del nuevo coronavirus.

La administración de Donald Trump ha restablecido las expresiones imperialistas más brutales hacia los países de América Latina y el Caribe, incluyendo fórmulas que se pensaban obsoletas, como la Doctrina Monroe de 1823. El empleo de medios de poder económico, ha sido otro de sus rasgos característicos, sin excluir ninguno de los otros instrumentos, para retrotraer los procesos emancipadores, pero con énfasis en las consideradas amenazas a su seguridad nacional y estabilidad regional, debido a su orientación socialista. Los casos de Venezuela, Cuba y Nicaragua fueron colocados como sus prioridades en la campaña de subversión y cambio de régimen. Guerra política, económica, comunicacional, judicial y diplomática, han sido empleadas, sin olvidar las operaciones violentas y encubiertas, hasta el

respaldo velado a acciones terroristas y amenazadoras maniobras militares.

El propósito de este trabajo es retomar el debate sobre la declinación de poder de Estados Unidos, sus principales antecedentes y las variantes estratégicas sobre política exterior de fuentes estadounidenses, que se han venido presentando por políticos, estrategas y miembros del *establishment* de política exterior en la actualidad. A partir de esa discusión en el actual contexto político, se reflexiona sobre los rasgos perspectivas de la política exterior estadounidense, sus elementos de continuidad y cambio, que presumiblemente tendrá la estrategia de política exterior de Estados Unidos en los próximos años y en líneas muy generales, su probable expresión hacia nuestra región.

El artículo aborda en una primera parte los antecedentes del debate sobre la declinación de poder estadounidense; en una segunda, los principales argumentos de la discusión actual sobre declinación de Estados Unidos en las relaciones internacionales y variantes estratégicas de política exterior; y se concluye con una breve reflexión, necesariamente preliminar, sobre los rasgos y tendencias más probables que se espera tenga la política exterior estadounidense en general y hacia la región de América Latina y el Caribe.

Antecedentes sobre la declinación de poder de Estados Unidos

A raíz de crisis económicas, o conmociones en las relaciones internacionales, que afectan la posición de fuerza de Estados Unidos en las relaciones internacionales, el problema de la declinación de poder estadounidense reaparece en la literatura sobre política exterior y relaciones internacionales. En la misma medida que se han puesto de manifiesto las debilidades de esa economía respecto al resto del mundo y sus

mayores competidores, o aparecen evidencias de su fortaleza, se regresa al problema de la declinación de poder de Estados Unidos, o su retorno como principal y única súper potencia imperialista.

Asuntos como la inconvertibilidad del dólar estadounidense en oro, anunciado unilateralmente durante la presidencia de Richard Nixon en 1971; la reducción de la competitividad productiva frente a otras economías asiáticas en la década de 1970; desequilibrios macroeconómicos en el sector externo, han puesto en evidencia el proceso de declinación económica de Estados Unidos. Más recientemente, el creciente déficit fiscal y la enorme deuda pública han renovado las preocupaciones sobre la sostenibilidad del imperialismo como potencia hegemónica en los próximos años, derivados esencialmente de los privilegios que todavía disfruta el dólar estadounidense.

Entre las contribuciones principales al problema de la declinación de las grandes potencias, desde la perspectiva histórica, se encuentran la obra publicada por Paul Kennedy en 1987 (Kennedy, 1987). Este libro sobre el ascenso y caída de las grandes potencias, aunque no se dedica al análisis exclusivo de Estados Unidos, resulta de enorme utilidad, porque demuestra los factores económicos, tecnológicos y políticos que han determinado el auge y declinación de distintos imperios a lo largo de la historia, registrando regularidades. La insostenibilidad del gasto público, y en particular los referidos al gasto militar y la seguridad, para mantener la condición hegemónica, conduce al efecto denominado «sobredimensionamiento imperial».

Enormes déficits fiscales, deuda pública desbordada y del sector externo de Estados Unidos con respecto al resto del mundo, son

evidencias de ese sobredimensionamiento, o pérdida relativa de su competitividad. La persistencia de estos desbalances durante muchos años manifiesta su carácter estructural, y por ello se recomienda ajustar la estrategia de política exterior y el alcance de sus propósitos a los recursos disponibles.

Immanuel Wallerstein ha abordado este tema para Estados Unidos como parte de su visión sobre el sistema mundial capitalista (Elwell, 2013). Sobre la declinación del poder de Estados Unidos, establece una periodización de los ciclos hegemónicos y define el inicio de la decadencia hegemónica estadounidense (Wallerstein, 2003).

Existen enfoques contrarios a la declinación estadounidense, suponiendo que Estados Unidos es excepcional, y por ello se comporta de otro modo. Joseph Nye considera que Estados Unidos conserva las bases para mantener su liderazgo, apoyado en otras fuentes e instrumentos de poder, no solo militar, como el dominio de la información, las bases de datos, las redes globales y el sistema financiero especulativo global, ámbitos de supremacía estadounidense indiscutible (Nye, 1991). Henry R. Nau (2001) advierte que las ideas sobre la declinación de las grandes potencias expresadas por Paul Kennedy, no se corresponden con la situación de Estados Unidos. Este autor ya desde 1990 se refería a lo que calificó como el mito de la declinación estadounidense (Nau, 1990). Otro trabajo crítico a la declinación de las grandes potencias fue escrito por George L. Bernstein (2004), e insiste en la relatividad de esta afirmación.

El carácter relativo de la declinación debe tenerse en cuenta, porque se trata de un proceso de comparación con otras potencias emergentes en el balance de poder mundial. El poderío de Estados Unidos no ha disminuido en términos absolutos. Es la única súper potencia militar, e

incluso económicamente sigue creciendo, aunque a un paso más lento. El problema es la insostenibilidad de su sistema de dominación y explotación global, los plazos para su declinación definitiva, y cómo serán las relaciones internacionales entonces.

Desde la perspectiva imperialista, requieren ajustes para enfrentar los desequilibrios económicos, que pueden quebrar su fortaleza, para buscar reacomodos en el rebalanceo de poder global. Sin embargo, no hay capitalismo sin crisis económicas cíclicas, ni imperialismos eternos. Estados Unidos no es una excepción.

Autores de América Latina y Cuba, y dentro de ellos el Grupo de Trabajo sobre Estados Unidos del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) bajo la coordinación de Marcos A. Gandásegui, dedicaron atención a este asunto, sobre todo enfocados en las consecuencias de este proceso para la configuración de la política estadounidense hacia nuestra América (Gandásegui et al., 2007). Sus resultados consideran múltiples aristas, como la crítica a la caracterización del imperialismo en la etapa actual, la trayectoria histórica del capitalismo, y el desafío que representa el ascenso de China y otras potencias emergentes.

Existen muchos trabajos sobre el ascenso de China como potencia mundial y su creciente función en la geoeconomía y la geopolítica mundial, en las tecnologías de la informática y las comunicaciones y otras áreas, pero ello no permite prever de manera inmediata y precisa, la sustitución de Estados Unidos por China como potencia hegemónica global, a partir de proyecciones sobre los ritmos de crecimiento de los productos internos brutos respectivos. La preocupación de los estrategas estadounidenses se expresa en la búsqueda de opciones para contrarrestar el ascenso del poderío chino con distintas variantes. En algunas propuestas

discuten los efectos desfavorables de cesar la política de involucración (*engagement*) con China, y abrir una especie de nueva «Guerra Fría», comenzada con el ámbito comercial y tecnológico (Baden, 2018).

Todavía Estados Unidos, con independencia de los signos reales en su decadencia como primera potencia global, es la mayor economía financiera, la única súper potencia militar, tiene enorme poderío y capacidad global de liderazgo en el terreno de la información y las comunicaciones. Asimismo, mediante la llamada industria del entretenimiento, se introducen en el mundo los patrones culturales, preferencias y valores de su sociedad, que impactan directa o indirectamente la conciencia social en todo el mundo. El control mayoritario de la infraestructura de las comunicaciones, desde satélites y otras redes para conectar esos medios globalmente, abarca la esfera de la inteligencia y el espionaje, vinculado a Internet y las llamadas redes sociales. Esta es una esfera de predominio de Estados Unidos de gran trascendencia para preservar su liderazgo, siendo fundamental para el llamado poder blando.

En la actualidad, la globalización del mercado de capitales acrecienta los rasgos parasitarios del imperialismo, al colocar la principal fuente de poder dentro de ese mercado en la esfera especulativa, que encierra su propia problemática en el estallido de las burbujas especulativas, y no en el ámbito de la producción material o el comercio. Las bases principales del poder económico de Estados Unidos no descansan fundamentalmente en la producción y el comercio, sino en la esfera financiera y el control mayoritario en la distribución de la riqueza a través del mercado mundial de capitales y las transnacionales.

Sin embargo, la política de la administración de Trump, al enfatizar en los instrumentos económicos de poder, las sanciones, guerras económicas, debilita la capacidad de influencia mediante los mecanismos del poder blando. Asimismo, crea desconfianza en los vínculos comerciales y las cadenas productivas establecidas en la etapa floreciente de la globalización.

El proceso de ascenso y declinación hegemónica de las grandes potencias es sumamente complejo y no se define en décadas, puede desarrollarse en un siglo o más. Para este caso se debe tener en cuenta los rasgos actuales del imperialismo en sus distintos momentos históricos, desde finales del siglo XIX, cuando comenzó su ascenso, el siglo XX y ahora en el siglo XXI. Si en el pasado el poderío naval, aéreo, y la capacidad de una gran potencia militar era principal, en la actualidad todavía es muy importante, pero el dominio del ciberespacio, tanto desde el punto de vista de la información, la inteligencia y las acciones propiamente defensivas y agresivas en ese teatro de operaciones son vitales. La robótica, la inteligencia artificial y las redes cada vez más rápidas como la 5G y la llamada Internet de las cosas, constituyen campos fundamentales en la competencia entre las grandes potencias. Del mismo modo, los instrumentos económicos de poder aumentan su relevancia en la pugna por el balance de poder mundial en correspondencia con los enfoques geoeconómicos de influencia neoconservadora en Estados Unidos.

El poderío de cualquier potencia es cambiante y debe medirse respecto a otras que coexisten en el tiempo – de ahí la importancia de conocer la dinámica evolutiva en la correlación de fuerzas, el tamaño y dinamismo de la economía, su estructura productiva y de servicios, y los desarrollos tecnológicos. El balance de poder

global se modifica según el ascenso y caída de las potencias; por ello, «en lo que atañe al sistema internacional, la riqueza y el poder, o la fuerza económica y la militar son siempre relativos y deberían ser considerados como tales» (Kennedy, 1994, p. 833).

A lo largo de su historia, la política externa de Estados Unidos ha tenido que ajustarse a sus posibilidades, y a las condiciones del balance internacional de fuerzas dentro de cada etapa. Cabe esperar que ello siga ocurriendo. Las distintas corrientes e interpretaciones en la formación de la política han debido considerar los factores objetivos internos y externos, y sus intereses económicos y políticos estratégicos, con prevalencia sobre principios y valores declarados como baluartes de su propia identidad como nación.

El llamado equilibrio entre motivaciones morales atemperadas por el realismo de los intereses económicos y de seguridad, constituye un problema de gran importancia en la formación de la política exterior (Steel, 1999). El arribo indiscutido de Estados Unidos a la victoria hegemónica a fines de la Segunda Guerra Mundial, establece un momento de obligada referencia hasta finales de la década de 1980 y principios de la de 1990. La desaparición de la URSS y el llamado socialismo real de Europa, cuando se declara el fin de la llamada Guerra Fría y el sistema bipolar de relaciones internacionales, pareció abrir una etapa unipolar para el mundo. La evolución posterior demostró que se trataba de una situación transitoria, dado el ascenso de otras fuerzas.

Un reto fundamental para los estrategias estadounidenses derivado de este acontecimiento lo constituyó la desaparición de los argumentos que habían servido de pretextos para su intervención mundial, los desenfrenados gastos militares y la carrera armamentista. El

imperialismo necesita un gran enemigo en todos los ámbitos. La contención del comunismo, y juego de suma cero, constituyeron la justificación para el ascenso de la doctrina de seguridad nacional, la involucración en la Guerra de Corea primero, luego en la Guerra de Vietnam y así sucesivamente en toda una serie de conflictos y guerras de distinta magnitud por todo el mundo, incluyendo a Cuba, Centroamérica y el Caribe.

No obstante, en un poco más de dos décadas después del derrumbe del Muro de Berlín, toda esa visión de optimismo sobre el futuro de Estados Unidos, la consolidación de su hegemonía, y su lugar y papel en un mundo unipolar, se desvaneció totalmente. George H. Bush anunció el surgimiento de un nuevo orden internacional, y Francis Fukuyama el fin de la historia, como expresión del triunfo de la civilización occidental, en la fórmula de la democracia liberal y el capitalismo, sobre otras formas organizativas de la sociedad. Y efectivamente, como sugirió al final del famoso ensayo, el «tedioso fin de la historia serviría para hacerla comenzar de nuevo», la historia se reiniciaba (Fukuyama, 2006, p. 322).

De tal manera, incluso en los momentos en que el discurso oficial sobre política exterior, y las líneas maestras de sus proyecciones externas han estado dominadas por los enfoques ideológicos más reaccionarios, agresivos e intervencionistas, por el triunfalismo imperialista y las consignas de recuperación de su hegemonía, la correlación de fuerzas ha moderado la agresividad de su política. Es decir, el balance entre sus capacidades económicas, militares y tecnológicas, para emplearlas como instrumentos de poder en función de sus objetivos de control y dominación, ha sido en última instancia decisivo en las tendencias políticas, sobre discursos políticos de la clase

dominante, que no las tomaban suficientemente en cuenta.

Cuando Estados Unidos se planteó a raíz de los ataques terroristas del 11 de septiembre del 2001 su nueva estrategia de seguridad nacional, sin duda se expresaron preocupaciones sobre los peligros para la paz y estabilidad mundial, que entrañaban interpretaciones extremistas del contexto internacional. Los retos y razones de conflicto se establecieron sobre bases ideológicas y hasta culturales, como el enunciado conflicto de civilizaciones (Huntington, 1993). Tal orientación política acrecentó la inestabilidad mundial y debilitó la posición mundial de Estados Unidos, cuando finalmente se demostró que no se lograron los objetivos pretendidos.

Sin duda se trataba de un peligro real y tuvo consecuencias nefastas para los pueblos de Afganistán en 2001, e Irak en 2003, objetos de intervenciones militares con grandes costos humanos y materiales (Werthein, 2020). Pero la economía de Estados Unidos no salió indemne. Se ha calculado que el costo de esas guerras para las finanzas estadounidenses se situó entre 2 y 3 billones de dólares. Su impacto no desapareció inmediatamente con la retirada de tropas, debido a que se mantuvieron los gastos para resarcir a los combatientes por invalidez, y otros egresos asociados a los efectos de la guerra (Stiglitz, 2012). Los costos de las intervenciones militares y los gastos del presupuesto militar no se reducen. La historia ha demostrado que una gran potencia puede mantener un curso de política por algún tiempo, que perdura apegado a cierta visión de grandeza, cuando las bases económicas de sustentación no permiten apoyarla debidamente. Pero también es cierto que, a largo plazo, los cimientos del poder y las formas de su proyección externa, incluida la militar, y sus

posibilidades reales de mantenerlas están correlacionados.

El debate actual sobre declinación y estrategia de política exterior

La mayoría de los expertos en política exterior en Estados Unidos reconocen de manera implícita o explícita la declinación de poder, respecto al ascenso de potencias emergentes y retos, sobre todo China y Rusia (Sharma, 2020). A partir de ello, se presentan distintas propuestas, que en general buscan aportar una visión estratégica, reconociendo las dificultades actuales para lograrla. Algunos plantean reducir el alcance de los objetivos, o restringir los intereses de seguridad nacional a los vitales, redefinir las alianzas, aumentar la eficiencia en los gastos militares, y emplear otros instrumentos de poder, entre ellos los instrumentos económicos.

Uno de los enfoques de política estadounidense hacia China considera se deben desacoplar esas relaciones en los próximos años, para reducir la dependencia estadounidense, y porque se piensa ello puede afectar adicionalmente el desarrollo de China. Con independencia de quien esté en la Casa Blanca, está política continuará, porque se ha convertido en un asunto bipartidista (Pei, 2020).

También se considera por algunos, que Estados Unidos mantiene su primacía como potencia económica, y no hay razones para esperar un deterioro acelerado en la etapa de recuperación de la actual crisis económica y pandemia por el nuevo coronavirus. En ese aspecto se asume que los efectos de la crisis económica mundial y la pandemia, tendrá un resultado ventajoso para la correlación de fuerzas estadounidense, basado esencialmente en las diferencias entre los sistemas políticos de China y Estados Unidos.

Rushir Sharma plantea que, a pesar de los criterios generalizados entre los expertos estadounidenses sobre la declinación estadounidense, se pueden presentar evidencias de su retorno en 2010, después de la gran crisis económica y financiera de 2007-2009. Entre sus argumentos está el lugar del dólar como moneda mundial y Wall Street como principal centro financiero, así como el tamaño de su economía medida a precios corrientes, poniendo en duda la significación de estimarlo mediante la Paridad del Poder Adquisitivo (*Purchasing Power Parity*), que le daría ventaja a China. El Producto Interno Bruto de Estados Unidos (PIB) significa el 25 % del mundo, mientras China alcanza el 15 %, si bien su ascenso fue muy rápido partiendo de un nivel ínfimo. El dólar estadounidense acapara el 56 % de la capitalización en el mercado accionario, y el 75 % de los préstamos mundiales (Sharma, 2020).

Sin embargo, este mismo autor reconoce las debilidades de la deuda, tanto del gobierno, como de un 16 % de sus corporaciones. Estas empresas las llama zombis, porque no podrían pagar el servicio de sus deudas con los ingresos. El mismo mercado de acciones de rápido crecimiento representa el 80 % de la economía real, y esas son condiciones propicias para el estallido de la próxima burbuja especulativa. Por lo tanto, el crecimiento de la deuda, estimulado por los gastos extraordinarios del gobierno para paliar la crisis económica, podría amenazar el imperio del dólar. El propio Sharma, que niega la declinación actual de Estados Unidos, afirma que, aunque «el dólar sea la moneda indispensable hoy, ello no significa que lo será para siempre» (Sharma, 2020, p. 80). Los imperios pierden el estatus de reserva y dinero mundial de sus monedas, cuando el resto del mundo pierde la confianza en su capacidad de pago (Sharma, 2020). Al mismo tiempo van

configurándose otros candidatos, como el oro, las criptomonedas y la propuesta china, que avanza en sistemas propios de transferencia, y todos los demás requisitos para hacerla una moneda atractiva, funcional y segura. Más tarde o más temprano ese escenario ocurrirá, de una forma o de otra.

Sin embargo, los resultados preliminares sobre el enfrentamiento de la pandemia en China y Estados Unidos favorecen a China. El futuro de ambas economías no solamente depende de sus relaciones bilaterales, sino de sus capacidades internas de controlar la epidemia y restablecerse. Las visiones optimistas de muchos analistas estadounidenses, de lograr una rápida recuperación, no parecen coincidir con los resultados hasta el presente. La razón es simple, el enfrentamiento de la epidemia en Estados Unidos ha sido desastroso. En cambio, el control de la COVID-19, que comenzó en China, ha sido mejor y ello beneficia su recuperación económica.

La ruptura de la administración de Donald Trump no fue solamente con las políticas de su predecesor, Barack Obama. El quiebre de la continuidad de la política afecta el consenso de política externa que había prevalecido por décadas, con muy pocas variaciones y ajustes. En las actuales circunstancias de división interna, crisis económica y pandemia, la discontinuidad en elementos principales del consenso en política exterior constituye desafíos enormes para que Estados Unidos consiga restablecer, en los próximos años, un consenso estratégico bipartidista en política exterior.

Hasta finales del año 2016, existía un acuerdo entre los distintos sectores de la clase dominante sobre la función que debía desempeñar Estados Unidos en el mundo. Ello no suponía la inexistencia de críticas, divergencias y discrepancias. Se observaban diferentes discursos y tendencias

ideológicas, la mayor o menor influencia del realismo, el conservadurismo, o el neoconservadurismo. Pero todas las administraciones demócratas y republicanas coincidían en apoyar el sistema de alianzas y organizaciones internacionales creadas por Estados Unidos en el apogeo de su hegemonía al final de la Segunda Guerra Mundial. Respaldaban una economía relativamente abierta y el llamado orden liberal; aunque de manera inconsistente y contradictoria, se manifestaban a favor de la libertad, la democracia y los derechos humanos (Wright, 2020). Aunque como se conoce, sus demandas sobre la democracia, la libertad y los derechos humanos, se subordinan a que los países sirvan los intereses económicos y de seguridad de Estados Unidos.

Donald Trump ha desafiado en el discurso y su práctica política la utilidad de la presencia militar y las alianzas de Estados Unidos en Europa, Asia y el Medio Oriente. De manera arbitraria se reúne y celebra negociaciones con los líderes de República Popular Democrática de Corea, Rusia y China, y luego los amenaza brutalmente, aplica sanciones y realiza guerras comerciales. Los aliados estratégicos, países miembros de la Unión Europea, Canadá o México no tienen mejor suerte. Contra ellos se aplican tarifas aduaneras a las importaciones, o se propone construir muros para impedir los flujos migratorios, o rechazar los acuerdos comerciales alcanzados, si no se detienen las migraciones centroamericanas que atraviesan el territorio mexicano.

El estilo agresivo, irrespetuoso y poco diplomático del presidente de Estados Unidos con frecuencia enturbia las relaciones políticas. No se tiene seguridad sobre su verdadero rumbo. Objetivamente no hay opción para alcanzar una gran estrategia dada las fracturas y divisiones dentro del propio sistema político, y de

este con la sociedad. Es decir, la erosión del sistema político y la falta de confianza popular en el mismo, generan un escepticismo desde la mayoría de los sectores de la sociedad que hacen disfuncionales los mecanismos de formación y toma de decisiones en política exterior. La muerte de la gran estrategia en la política exterior estadounidense es un problema actual (Drezner, Krebs & Schweller, 2020).

La recomendación de miembros de centros de pensamiento es que Estados Unidos no debe retirarse de sus compromisos como líder mundial, pero pudiera ser más selectivo en la salvaguarda de sus intereses. En 2019, un nuevo centro de pensamiento, Quincy Institute for Responsible Statecraft, financiado por la fundación de Charles Koch y el filántropo liberal George Soros, proponía «una nueva política centrada en la involucración diplomática y la restricción militar» (Wright, 2020, p. 10). Recomendaba que Estados Unidos debía reducir su presencia militar por todo el mundo, y aumentar el empleo de los instrumentos diplomáticos (Wright, 2020). Otra corriente de pensamiento muy fuerte recomienda no depender tanto de los instrumentos militares en el enfoque geopolítico, y utilizar más los instrumentos económicos de poder desde la perspectiva geoeconómica. Esta orientación política tiene costos asociados a las relaciones económicas en general, y también genera acciones para contrarrestar las vulnerabilidades de los países objeto de estas políticas, incluyendo potencias emergentes. Pero sus pérdidas y riesgos son, sin duda, menores que el de las intervenciones militares directas.

Con sus peculiaridades, los distintos gobernantes poseían una estructura estable de autoridad, con un proceso de interacción, crítica y propuestas del *establishment* de política exterior y el gobierno. Ha sido muy notable el

rechazo de Donald Trump a los expertos en los distintos temas, incluyendo los científicos, epidemiólogos, que tienen que decir sobre el manejo de la pandemia de la COVID-19. El irrespeto y abierto rechazo a organismos internacionales, agencias y departamentos del propio gobierno es generalizado, cuando no se limitan a repetir las decisiones del presidente Trump. El que no coincida con sus interpretaciones es expulsado.

No cabe duda de que, si logra ser reelegido, Trump lo considerará un respaldo para continuar con este tipo de política presidencialista extrema, que hará muy difícil la incorporación de nuevas visiones y ajustes a la estrategia de política exterior, incluyendo las perspectivas conservadoras tradicionales.

A ello se suma que las propias tensiones y contradicciones generadas por la COVID-19 han alentado en lugar de la colaboración y el multilateralismo, una política exterior de competencia y confrontación, cada vez más brutal de Estados Unidos con China. El gigante asiático es acusado injustamente de ser el causante de la pandemia, y ha recibido amenazas y demandas de Trump por las pérdidas supuestamente ocasionadas a Estados Unidos. Es posible augurar la agudización del conflicto entre las dos mayores economías del mundo en la fase de recuperación, no solo por las políticas de confrontación del imperialismo, sino por los pronósticos de una nueva normalidad limitada, con mayores obstáculos y restricciones a las relaciones internacionales. En la fase de recuperación habrá redefiniciones de las cadenas de suministro, y mayores regulaciones sobre el trabajo, límites a su movilidad, para disminuir los riesgos y las vulnerabilidades, contrarias al comercio y las relaciones económicas características en la etapa de la globalización. De hecho, la revista

The Economist en su edición del 16 de mayo, presenta un editorial cuyo mensaje es «adiós globalización», como reflejo del momento actual y sus consecuencias para la economía internacional (*The Economist*, 2020, p. 7). Las secuelas de la crisis, tal vez depresión, refuerzan las políticas económicas coercitivas, guerras económicas y comerciales imperialistas.

Al calor de la pandemia de la COVID-19 y la crisis económica en Estados Unidos se han renovado los debates sobre la declinación de poder de Estados Unidos en el balance mundial de poder. También se han expresado preocupaciones sobre la dependencia estadounidense de las importaciones desde China de productos industriales y hasta medicamentos (Friedberg, 2020). La discusión desde hace años se apoya en el mayor crecimiento de China, y la posibilidad de que, a partir de un comportamiento más lento de Estados Unidos, el gigante asiático lo vaya desplazando gradualmente como líder mundial. Este asunto tiene interpretaciones globales, regionales, y se ha agudizado con la actual administración de Trump y su guerra comercial y tecnológica con China. Cabría preguntarse, ¿la política de Trump acelera la declinación o la revierte?, ¿Estados Unidos primero lo hace más fuerte o lo debilita?

Graham Allison discute la posibilidad de reconocer las esferas de influencias de otras potencias, coincidiendo implícitamente con la declinación de poder estadounidense en el caso de China en Asia y Rusia en Europa. Ello supone reconocer la necesidad – desde su perspectiva- de revisar el sistema de alianzas creado por Estados Unidos en la posguerra.

Las alianzas no son por siempre. Históricamente, cuando las condiciones cambian, particularmente cuando un enemigo ha desaparecido, o el balance de poder ha mutado dramáticamente, entonces,

también, existen otras relaciones entre naciones. La mayoría de los estadounidenses han olvidado una era en que la OTAN tenía una contraparte en Asia, SEATO (Southeast Asia Treaty Organization), e incluso una análoga en el Medio Oriente, CENTO (Central Treaty Organization); ambas son ahora artefactos de museos, o intereses nacionales retirados. (Allison, 2020, p. 38)

Desde esa perspectiva se sugiere que ciertamente Estados Unidos en las nuevas condiciones históricas debe someterse a revisar sus alianzas, incluyendo aquellas que por mucho tiempo fueron sagradas. No es que la forma en que Trump ha declarado su disgusto con la OTAN sea diplomáticamente la más conveniente, sino que es un tema de análisis desde la perspectiva imperialista en el contexto de su reacomodo de fuerza.

La administración Trump se ha esforzado por disminuir el flujo de entrada de inmigrantes sobre todo desde el Caribe y América Latina, y en términos prácticos lo ha logrado. Aunque se han presentado otros argumentos de tipo económico y electoral para rechazar la entrada de nuevos flujos migratorio la clave del problema está en el debate sobre identidad política (Fukuyama, 2018). La verdadera motivación se relaciona con las modificaciones que estas entradas pueden traer a la composición demográfica de Estados Unidos y la eventual modificación de la identidad nacional tradicional identificada como blanca, anglosajona y protestante (WASP por sus siglas en inglés), a la que se resisten los supremacistas blancos (Huntington, 2004). Las regulaciones que se continuarán aplicando en la etapa de recuperación de esta crisis, por razones epidemiológicas, son consistentes con este enfoque y por ello se espera continuarán, aun si llega a la Casa Blanca un presidente demócrata.

Se ha reconocido que no hay recuperación sin salida del aislamiento, pero una apertura adelantada sin mecanismos de control de los contagiados, incluyendo los asintomáticos puede provocar, como ya ha sucedido, nuevos máximos en la epidemia que obliguen a restablecer el cierre de la movilidad y los distanciamientos sociales físicos. En lugar de una crisis económica profunda, podría ser una larga depresión económica, sobre todo porque es una pandemia. La solución tiene que ser mundial. No es posible lograrla en un país aislado, en autarquía.

A ello hay que agregar la aguda división política entre demócratas y republicanos, que dificulta desde hace años el funcionamiento del gobierno, pero que en estos últimos años ha empeorado. Existe una desconfianza bastante general sobre el sistema político, que se ha venido reflejando también en las abstenciones, y también sobre las élites políticas. Las elecciones de 2016 y el resultado favorable a Donald Trump constituyeron una clara expresión de la gravedad del problema.

Hasta casi el último momento, el liderazgo del partido republicano estuvo batallando para que Trump no fuera el candidato presidencial. Algo semejante ocurrió con el partido demócrata. Bernie Sanders tenía fuertes simpatías, sobre todo en sectores de jóvenes, y la directiva del partido presionó para hacer fracasar su candidatura, lo que creó mucho descontento entre los más entusiastas progresistas, y probablemente fue una de las causas de la derrota de Hillary Clinton.

Los lineamientos de política de los que ha sido portador Trump constituyen una ruptura con la mayoría del liderazgo conservador. El trumpismo se consideró como algo inviable, se subestimó su capacidad de liderazgo, la falta de una estrategia estructurada. Una vez en la Casa

Blanca se expresaron las fallas de su personalidad. Su estilo de hacer política ha acrecentado el individualismo, la egolatría, las divisiones, el odio y el fanatismo. Tales rasgos han dañado la imagen de Estados Unidos en el mundo y la confianza sobre su capacidad de liderazgo, pero ello no ha frenado su influencia. En estos años se ha desplegado una política exterior de confrontación, unilateralismo extremo, rechazo al multilateralismo y amenaza y empleo de la fuerza. Esta administración bajo el lema de «Estados Unidos primero», ha significado una ruptura con el consenso de política exterior de posguerra.

El contexto político en que se desenvuelve la actual administración representa un obstáculo para la formación de una nueva estrategia de política exterior, acorde con el balance de poder y los retos económicos y de seguridad nacional, apreciado por la mayoría de la clase dominante de Estados Unidos.

Consideraciones finales

El debate sobre la declinación relativa del poder de Estados Unidos tiene antecedentes en el plano económico desde finales de la década de 1960 y principios de 1970, asociados en un primer momento a la recuperación de las potencias europeas y Japón, y a la declaración unilateral del entonces presidente Richard Nixon, cancelando el compromiso de convertibilidad del dólar estadounidense en oro. Las sucesivas crisis económicas y otros eventos trascendentales han movilizad el debate sobre la estrategia de política exterior, dada la problemática de la declinación de poder.

En la discusión sobre temas estratégicos y de política exterior estadounidense, se ha puesto de manifiesto el reconocimiento implícito y explícito a su declinación, y se presentan propuestas de políticas ajustadas a esas nuevas condiciones

con los más diversos enfoques. Se observa tanto la aceptación de la declinación en términos relativos, como la idea de un fortalecimiento de su poderío, que niega enfáticamente la declinación. Aunque se reconocen sus debilidades financieras, resultado de la creciente deuda federal y del sector privado, que pueden quebrar la primacía del dólar y su condición imperial.

Desde la perspectiva económica, Estados Unidos sigue siendo la mayor potencia mundial, pero el incremento del déficit fiscal y la deuda federal se asocian a ese proceso de declinación, que hace cada vez más insostenible mantener esa fuerza militar intervencionista. Si no se reducen los objetivos propuestos, se restringen a los intereses vitales, se incrementa la eficiencia en el empleo de los gastos militares, y se aumenta el papel de otros instrumentos de poder, como son los económicos y diplomáticos, puede estarse expresando un sobre dimensionamiento imperial, con todas sus consecuencias, históricamente evidenciadas en otros imperios.

En un primer momento, ello aparentemente no supone una posición aislacionista, ni un retraimiento total en la política exterior estadounidense; no obstante, se ha venido configurando, en medio de las dificultades para conseguir un nuevo consenso estratégico, un aumento en el empleo de los instrumentos de mayor efectividad y menores costos relativos.

La política exterior de la administración Trump introdujo cambios en el consenso de política exterior, vigente desde el final de la Segunda Guerra Mundial y la contrarrevolución conservadora de Ronald Reagan en la década de 1980, que podrían trascender. Se define de ese modo según el economista James Tobin por considerarla una ruptura respecto a la etapa precedente, dominada por la tendencia liberal en

el terreno del pensamiento y la práctica política y económica. El mismo Tobin señaló que «la memoria de la Gran Depresión creó un amplio consenso de que el Estado tenía que asumir responsabilidades para mantener la prosperidad, así como proteger a los individuos contra la inevitable inseguridad de la vida en una economía de mercado» (Tobin, 1983, p.3).

Bajo el eslogan de Estados Unidos primero (*America First*), la política estadounidense se caracteriza por un nacionalismo conservador y unilateralismo extremo; se ha rechazado el multilateralismo, los acuerdos de libre comercio y otros tratados internacionales, y con ello se modifican las relaciones internacionales y el orden mundial. Además, se han empleado ampliamente los instrumentos económicos coercitivos con fines políticos, guerras económicas y comerciales, a tono con una estrategia geo-económica, creando desconfianza sobre el liderazgo mundial de Estados Unidos. La guerra económica y tecnológica con China resulta un contexto muy desfavorable para la etapa posterior de la recuperación de la crisis y la pandemia.

Estas nuevas orientaciones de política no han logrado el consenso, ni siquiera dentro del propio partido republicano, y es difícil conseguirlo en las actuales circunstancias, dadas las disfuncionalidades del sistema político. Sin embargo, sus rasgos principales deben perdurar, y en algunos casos reforzarse, debido a las características que necesariamente deben acompañar las relaciones internacionales en el periodo posterior a la crisis económica y la pandemia. El reajuste de la política exterior y su estrategia consensuada pueden todavía demorar, y no ser explícitamente definida en los próximos cuatro años.

Se incrementa la estrategia encaminada a buscar la participación de agentes regionales,

nacionales y locales, o fuerzas mercenarias, en los distintos conflictos, en lugar de quedar centrado en la intervención militar directa y unilateral de las fuerzas estadounidenses. No puede descartarse la renegociación o retirada de alianzas tan importantes como la OTAN en los próximos años. La toma de decisiones sobre el alcance de la involucración estadounidense considerará la significación de sus intereses, y los riesgos asociados a la intervención. El despliegue se tratará de hacer con una involucración prudente y flexible en cada caso.

La intervención militar directa quedará a la espera de las condiciones más favorables, allí donde se aprecie están en juego intereses vitales. Se incrementará el empleo de medios no tripulados en acciones de inteligencia y combate, el uso de pequeñas unidades altamente tecnificadas, y de rápido desplazamiento, para disminuir en lo posible, la participación masiva de tropas en el teatro de operaciones. Se continuará aplicando la concepción de la guerra no convencional y la guerra política en todas sus dimensiones.

Estos ajustes en la política exterior se deben a las experiencias adversas extraídas de las intervenciones militares, guerras inútiles que causaron cientos de miles de civiles muertos y destrucción de riquezas patrimoniales de la humanidad, principalmente en el Medio Oriente. Los cambios de régimen resultados de la guerra establecieron gobiernos que no modificaron significativamente el balance regional a favor de Estados Unidos y sus principales aliados.

La declinación relativa de Estados Unidos en las disputas por las esferas de influencia en Europa y Asia renueva la importancia de América Latina y el Caribe como su zona especial de influencia en la visión geopolítica y de seguridad nacional mundial. Ello lo confirma el relanzamiento de la Doctrina Monroe por la

administración Trump, y la arremetida intervencionista con todos los medios a su alcance contra nuestros países, para reinsertarlos en su sistema de dominación, como ocurre en los casos de Venezuela, Cuba y Nicaragua. También ha reducido considerablemente los flujos migratorios, creando tensiones con países emisores de América Latina y el Caribe.

Tal política debe continuar en los próximos cuatro años, con ajustes menores, cualquiera sea el presidente de Estados Unidos en enero de 2021. La continuidad de la política estadounidense hacia nuestra América es alentada por las vulnerabilidades que los estrategias estadounidenses perciben en América Latina y el Caribe, como consecuencia de la crisis económica desatada por la COVID-19 y los problemas económicos estructurales de cada país. Los imperialistas estadounidenses esperan que, mediante el creciente intervencionismo y la guerra económica contra nuestros pueblos, se agudicen aún más las condiciones socioeconómicas, y ello favorezca el restablecimiento de su sistema de dominación en el Hemisferio Occidental.

Referencias:

- Allison, G. (2020). The New Spheres of Influence. Sharing the Globe with Other Great Powers. *Foreign Affairs*, 99 (2), 30-40.
- Baden, J. (2018). U.S. – China Relations: Is It Time to End the Engagement. *Policy Brief. Foreign Policy*. Washington, DC: Brookings Institution.
- Bernstein, G. L. (2004). *The Myth of Decline. The Rise of British since 1945*. New York: Random House.
- Drezner, D. W., Krebs, R. R., Schweller, R. (2020). The End of Grand Strategy. America Must Think Small. *Foreign Affairs*. 99 (3), 107 – 117.
- Elwell, F. W. (2013) Wallerstein's World-Systems Theory, <http://www.faculty.rsu.edu/~felwell/Theorists/Esays/Wallerstein1.htm> acceso 5 de febrero de 2015.
- Friedberg, A. (2020). The United States Needs to Reshape Global Supply Chains. *Foreign Policy*, May, 8. <https://foreignpolicy.com/2020/05/08/united-states-reshape-global-supply-chains-china-reglobalization/> acceso 18 de mayo de 2020.
- Fukuyama, F. (2018) Identity. The Demand for Dignity and the Politics of Resentment. New York: Farrar, Straus & Giroux.
- Fukuyama, F. (2006). The End of History? En M. A. Kishlansky (Ed.), *Sources of the West. Reading in Western Civilization*, Volume II (pp. 317-322). New York: Pearson Longman.
- Gandásegui, M. A. et al. (2007). *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*. México: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO, Siglo XXI Editores.
- Huntington, S. P. (2004). *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*. New York: Simon and Schuster.
- Huntington, S. P. (1993). The Clash of Civilization? *Foreign Affairs*, 72 (3), 22-49. doi: 10.2307/20045621
- Kennedy, P. (1987). *The Rise and Fall of Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*. New York: Random House.
- Kennedy, P. (1994). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: Plaza & Janes Editores.
- Nau, H. R. (1990). *The Myth of America's Decline: Leading the World Economic into the 1990's*. New York: Oxford University Press.
- Nau, H. R. (2001). Why 'The Rise and Fall of the Great Powers' was wrong. *Review of International Studies*, 27 (04), 579-592. doi: 10.1017/S0260210501005794. Acceso 20 de febrero de 2014.
- Nye, J. S. (1991). *Bound to Lead: The Changing Nature of American Power*. New York: Basic Books.
- Tobin, J. (1983). The Conservative Counter-Revolution in Economic Policy. *The Journal of Economic Education*, 14 (1), 30-39.

- United Nations. (2017). *World Economic Situation and Prospects*. New York: United Nations.
- Pei, M. (2020). China's Coming Upheaval. Competition, the Coronavirus, and the Weakening of Xi Jinping. *Foreign Affairs*, 99 (3), 82-95.
- Sharma, R. (2020). The Comeback Nation. U.S. Economic Supremacy Has Repeatedly Proved Declinists Wrong. *Foreign Affairs*, 99 (3), 70 – 81.
- Steel, R. (1999). The Domestic Core of Foreign Policy. En Wittkopf, E. R. & McCormick, J. M. (Eds.), *The Domestic Source of American Foreign Policy. Insight and Evidence*. Maryland: Roeman and Littlefield Publishers.
- Stiglitz, J. (2012). *The Price of Inequality. How Today's Divided Society Endangers Our Future*. New York: W.W. Norton & Company.
- The Economist. (2020, Mayo 16). *Goodbye globalization. A more nationalistic and self-sufficient era beckons. It won't be richer or safer*.
- Wallerstein, I (2003). *The Decline of American Power: The U.S. in a Chaotic World*. New York: New York Press.
- Werthein, S. (2020). The Price of Primacy. Why America Shouldn't Dominate the World. *Foreign Affairs*, 99 (2), 19-29.
- Wright, T. (2020). The Folly of Retrenchment. Why American Can't Withdraw from the World. *Foreign Affairs*, 99 (2), 10-18.

Conflictos de intereses

El autor declara que no existen conflictos de intereses.